

Prof. LUIS SANTOS VELASQUEZ
 Universidad Nacional
 Médico-Psicoanalista

ESCUCHA, INTERPRETACION, ETICA

Es en el dominio de los fenómenos clínicos que el psicoanálisis reclama como de su incumbencia en el que podemos establecer su lugar y juzgar su importancia y su efecto renovador.

El psicoanálisis es heredero de la hipnosis y de la sugestión. Como afirma repetidamente Freud, no debemos ignorar que estamos operando en el mismo campo y movilizándolo las mismas fuerzas que en los tratamientos sugestivos. En la última década del siglo Freud toma el camino que lo alejará definitivamente de sus predecesores y es así como llega a proponer el método propiamente psicoanalítico en el caso Dora

en 1905, luego de esperar 5 años para su publicación en consideración a las reacciones que, era de esperar, provocarían y que efectivamente fueron bastante intensas en su contra. En este análisis ya pone en primer plano la transferencia y aunque, como él mismo lo dice, no logró apoderarse de ella, sí avanzó lo suficiente como para plantear una buena parte de los problemas

El cambio que Freud introduce en la Clínica de la histeria es planteado en este escrito en términos de traslado del problema del campo de la mirada que clasifica o que busca en el cuerpo, al campo de la escucha. Desde el momento en que alguien está dispuesto a escucharla, la histeria deja de ser espectáculo y se transforma en discurso que puede ser interpretado. La necesidad de clasificación en entida-

des diferenciadas por sus manifestaciones sintomáticas, da paso a los problemas referidos a la interpretación y a las garantías que sobre ella puede ofrecer el método psicoanalítico. La respuesta a estos interrogantes se plantea más en el terreno de la ética que en el de las prescripciones técnicas que supuestamente garantizarían la pureza de la interpretación.

teóricos y técnicos en los que continúan debatiéndose las distintas escuelas psicoanalíticas.

En el análisis de Dora ya podemos ver lo irrisorio del poder del terapeuta al ser destituido del lugar de amo que tenía en la hipnosis. El único poder que tiene el analista, si damos por sentado que interviene como tal, es el de posi-

bilitar el análisis. Nos lo muestra claramente Freud en este caso inaugural: su toma de partido, su presión en favor de una "sana" heterosexualidad de Dora, lo condenan al fracaso. Este caso, además de seguir siendo el punto de referencia obligado cuando hablamos de histeria en psicoanálisis, nos da una demostración incontestable de cómo dejar el lugar de analista y tomar el de padre, guía, preceptor moral o cualquiera otro que sea tentador adoptar, nos conduce con seguridad al fracaso.

La transferencia es lo que queda de la relación hipnótica y sobre la comprensión de lo que allí sucede es que se plantea cualquier

trabajo psicoanalítico. Freud prescindió de la espectacularidad de los resultados de la hipnosis, para proponernos un camino mucho más difícil pero revolucionario en sus alcances: el análisis en transferencia. Operamos inicialmente con las mismas fuerzas de la sugestión, es cierto. Pero, y acá encontramos el rasgo distintivo del psicoanálisis como técnica terapéutica, el

terapeuta con orientación psicoanalítica no debe utilizar el poder generado por el lugar que ocupa para guiar a su paciente hacia ninguna solución, por buena que le parezca, sino sólo para animarlo a continuar hablando. Como lo resume muy bien J. A. Miller en su Quinta Conferencia de Caracas (1), la única demanda que válidamente puede plantear el analista a su paciente es: "diga; no importa de que se trate, en todo caso, diga ¿Que va a pasar? No lo sabemos. Por ahora, diga. La única verdad posible acá, está en usted, en su palabra". Aunque siempre engañosa, solo la palabra nos puede conducir a la verdad del sujeto. Paso de la sugestión al análisis, del hipnotizador-amo al analista y, como veremos enseguida, de la mirada a la escucha.

Se han dicho bastantes cosas, muchas de ellas chistosas, sobre la pareja histérica-analista. Por supuesto es ella quien primero entra en la escena, muchos siglos antes que él: los trances de las sacerdotisas píticas, los delirios místicos, las posesiones demoníacas, las bellas indiferentes de la psiquiatría francesa, las ováricas de Charcot, cuyas crisis convulsivas cesaban al aplicar presión en el bajo vientre, justo sobre sus ovarios..... La histeria siempre ha sido espectáculo. Por siglos venía siendo objeto a la mirada. Y para la naciente psiquiatría europea del siglo XIX, un cuerpo en cuyas manifestaciones sintomáticas se podían ver los signos de un cierto orden natural, cuyas leyes era posible establecer, ante todo a través de una clasificación de los fenómenos. La psiquiatría nace clasificación. La taxonomía botánica fue su modelo. Freud, por supuesto, no es ajeno a esta tradición y desde sus primeros trabajos sobre las neuropsicosis de defensa vemos sus esfuerzos para aportar en esta empresa de ordenamiento. Un buen resumen de las contribuciones psicoanalíticas en este campo fue hecho por Winnicott (2). A él remito a los interesados en el tema.

Pero el cambio que Freud introduce, y al que no vacilamos en llamar "revolu-

cionario", es el de trasladar el problema de la histeria del campo de la mirada que clasifica o que busca en el cuerpo, al campo de la escucha. Había sido testigo del tremendo poder de la palabra en boca del hipnotizador experimentado. Era heredero, por otro lado, de la tradición talmúdica. Aunque no fuera un hombre religioso estaba inmerso en la cultura judía, en la que la lectura exegética de los textos sagrados juega un papel tan importante. Se ha visto también en el ritual psicoanalítico una continuación de la confesión católica, otro ritual en el que la palabra tiene un papel curativo excepcional. Sin duda son múltiples corrientes históricas las que convergen en Freud, para que él llegara a reconocer tan radicalmente el valor de la palabra.

Las histéricas inventaron el psicoanálisis y los analistas, Freud el primero, lo ejercen, se dice. La histérica hace pareja con el analista. Ella está dispuesta a idealizar a alguien para que ese Otro la desee. Por eso está tan dispuesta a cambiar sus síntomas por palabras. Al trasladar la histeria al campo de la escucha, Freud logra incluso cambiar la histeria. "Desde Freud la histeria para hacerse oír tuvo que transformar sus gritos y convulsiones en palabras", dice R. Mayor (3).

Al colocar la palabra en posición preva- lente Freud logra dar un viraje a los planteamientos sobre el problema de la enfermedad mental, no sólo de la histeria, aunque comenzando por ella. En Freud no se trata ya de referir los



signos de la enfermedad a ese orden natural que estos, aún en su desorden manifiestan, sino de llegar, a través de un proceso de interpretación a la verdad del deseo inconsciente de un sujeto alienado en sus síntomas. Detrás de las palabras, y a través de ellas, aparece el mundo inconsciente, lo prohibido, lo censurado, lo impensable. Pero aparece deformado por la acción de las mismas fuerzas que impusieron la represión: resistencias del yo a hacerse cargo de ese deseo indomable al que imponen múltiples condiciones y deformaciones antes de que pueda llegar a la conciencia.

Lacan resume magistralmente la riquísima simbología descubierta por Freud:

“El inconsciente es ese capítulo censurado de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste; es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte, a saber:

- en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis, donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como un inscripción.
- en los documentos de archivos, que son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia.
- en la evolución semántica: y esto responde al stock y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter.
- en la tradición también, y aún en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia.
- en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente las distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis” (4).

Exégesis.... Interpretación. Que clase de interpretación propone el psicoanálisis?

Freud en “¿Pueden los legos ejercer el análisis?” (1926), pone en boca de un interlocutor imaginario, supuesto juez imparcial a quien está tratando de convencer de lo innecesaria que es la formación médica para el ejercicio del psicoanálisis, dada la especificidad del método y su independencia de cualquier forma de intervención médica, pone en boca de su interlocutor estas frases: “¡Interpretar! Peliaguda palabra. No me gusta oírlo; con ella usted me destruye toda certeza. Si todo depende de mi interpretación, ¿quién me asegura que interpreto correctamente? Todo queda así librado a mi albedrío” (6) Tenemos que preguntarnos, entonces, ¿Cuál es la garantía de que no estamos utilizando la sugestión para guiar al paciente hacia la solución que nosotros creemos buena para él y que, por tanto, esta hecha para nosotros mismos y no para él, como podemos llegar a creer?.

Esa garantía la plantea Freud en el terreno de la Ética. La mayoría de las prescripciones técnicas reunidas en los artículos conocidos como “Escritos técnicos” tienen una finalidad: suspender, en la medida de lo posible, la subjetividad del terapeuta y ponerla al servicio de la interpretación. Sabemos que es imposible, además de que resultaría esterilizante, abolir la subjetividad del observador en cualquier campo y mucho menos en el de las relaciones intersubjetivas. No se trata de que quien ocupa el lugar de analista sea ningún modelo de salud mental ni de normalidad estandarizada para que desde esta situación ideal pueda ver lo que su paciente no ve. Se trata de que esté dispuesto a mantener un nivel de autocrítica (o de vigilancia, como lo llama Freud) que le permita reconocerse a sí mismo en el sesgo que da a la forma como comprende e interpreta lo que sucede al otro.

En la medida en que logre permanecer fiel a la regla de tratar igualmente todos los elementos del discurso, sin dar prelación a los que le parezcan más relevantes; en la medida en que pueda mantener su escucha libre de censura, podrá acercarse más al objetivo de devolver al otro lo que le pertenece. Freud hizo una propuesta metodológica bien particular: en el campo psicoanalítico el problema del conocimiento no es tanto un asunto de precisión como de ética. Y esta ética impone como primer deber el tan mentado principio socrático: “Conócete a tí mismo”.

Refiriéndose a las tergiversaciones a que se ha sometido el pensamiento de Freud por parte de los traductores, Bruno Bettelheim en su bellissimo libro “Freud y el alma humana”, dice: “Muchas de las ideas equivocadas que circulan sobre Freud y el psicoanálisis, han surgido del miedo al autoconocimiento y de la reconfortante concepción, favorecida por el lenguaje emocionalmente distante de las traducciones, de que el psicoanálisis es un método para analizar determinados comportamientos de los demás. Los hallazgos de Freud amenazan la imagen narcisística de nosotros mismos. Es irónico que la obra de un hombre que se esforzó arduamente por entenderse a sí mismo, haya conducido a tantas falsas ideas autodefensivas sobre el psicoanálisis” (7).

No se trata acá de hacer la apología del héroe traicionado, sino de insistir en la necesidad de trabajar muy seriamente sobre las condiciones que exige la propuesta de interpretación freudiana a quien aspire a ocupar el lugar de analista.

La pregunta por el sujeto es, en Freud, pregunta por el deseo que lo determina.

En sus primeras obras clínicas (1890 a 1900) lo vemos perseguir el suceso traumático etiológicamente eficaz en rela-

ción con el síntoma neurótico. Posteriormente, cuando se quiebra su seguridad en la veracidad de los hechos recordados por sus pacientes, vemos como la teoría del trauma es sustituida por la de la fantasía inconsciente o, como cada vez más se la llama actualmente, del fantasma.

El criterio de verdad dejó de ser el hallazgo del hecho real y pasó a ser el de la certidumbre del sujeto puesto en relación tanto con su historia pasada como con la futura. La seguridad inicial de una cierta exactitud en la investigación histórica, guía indispensable. Ya no podemos aspirar a ella. Verdad y realidad histórica ya no coinciden.

Pensamos ahora que la verdad de que se trata es del orden del mito: mitos sobre los orígenes, novelas familiares, transmitidos por palabras y deformados a través de la palabra en la comunicación terapéutica. Palabras que engañan pero que constituyen la única vía de acceso a la verdad del sujeto. Como afirma Lacan (5), la responsabilidad del analista cada vez que interviene con la palabra es el reconocimiento o la abolición del sujeto. Diferencia esencial, aunque muy difícilmente formulable en la teoría y en la enseñanza, entre develar el deseo o reprimirlo, entre cura analítica y adoctrinamiento.

Sólo en la medida en que el analista sea permeable a la palabra del analizante podrá, a través de su propia palabra, permitir la emergencia de esa verdad oculta que llamamos deseo. Sólo si el que escucha ha experimentado el proceso de cambio inherente al reconocimiento de sus propios deseos inconscientes, estará en condiciones de acercarse al ideal de interpretación puesto por Freud ante sí y ante sus seguidores. La recuperación del deseo primitivo, su integración al conjunto de la personalidad, depende de que entre analista y analizante se genere una dinámica tal que, por un lado permita el despliegue de las demandas en que ha quedado retenido este deseo y, por

otro, la escucha tenga la particularidad de darle la misma importancia a todos los elementos que conforman el discurso a interpretar, para que puedan ser restablecidas las conexiones que la represión suprimió.

Se ha escrito ya mucho, pero es necesario repetirlo acá, sobre las consecuencias de la creación por parte del mismo Freud de una Asociación Internacional que garantizara la formación de los analistas, como forma de defender al psicoanálisis de prácticas irresponsables por parte de mercachifles avisados. Resultado: se creó un espíritu de cuerpo que no permitió el libre pensamiento ni la investigación y durante muchos años el estudio en los institutos psicoanalíticos (y todavía es así en los círculos oficiales de distintas escuelas), consistió en la repetición monótona de los textos sagrados. Esta actitud dogmática generó, como era de esperar y como ha sucedido repetidamente en la historia de los movimientos religiosos, reacciones enconadas en contra del psicoanálisis y es así como a Freud se le han levantado múltiples actas de defunción en el mundo entero.

La escucha analítica es, entonces, un objetivo ideal. Ideal que Freud trata de

construir en sus textos sobre técnica. Ideal por el cual es necesario hacer muchos esfuerzos: larga formación, análisis repetidos, renuncia a los éxitos terapéuticos fáciles, trabajo en abstinencia..... Pero ni la mayor fidelidad a los preceptos técnicos, ni la máxima austeridad en la intervención nos pueden dar ninguna seguridad de que la interpretación sea adecuada. Solo tenemos una guía: que nuestra intervención permita recuperar algo de esos contenidos reprimidos. Seguridad "a

posteriori" y ni siquiera comprobable inmediatamente, ya que ese nuevo aspecto seguramente aparecerá deformado en la transferencia, en el mejor de los casos, o en un acting, en el peor.

El inconsciente es inaprehensible. Ningún inventario, ningún catálogo, ningún tratado podría agotar sus determinaciones. El deseo humano tiene infinidad de posibilidades, de manifestaciones, de vías de satisfacción.

Consecuentemente, Lacan afirma: el psicoanálisis no conoce el inconsciente, tan sólo cuenta con él.

A la luz de las consideraciones

anteriores vemos cómo la pregunta por la interpretación es, entonces, pregunta por quien interpreta.

HEARING, INTERPRETATION, ETICH

Freud proposed his reinterpretation of clinic hysteria in terms of the transfer of the hysteria question from the point of view of the observer that classifies or investigates the body, to the point of view of the listener. Since someone is ready to listen to it, hysteria ceases to be a spectacle and changes into a discourse that may be interpreted. The need to classify in differentiated entities according to its symptomatology results in problems related to interpretation and to the securities that may offer the psychoanalytic methodology. The response to these questions is mainly raised from an ethical point of view rather than technical prescriptions that should supposedly secure the purity of interpretation.

El mismo Lacan, preguntándose por la incidencia del deseo del analista en el curso del tratamiento, plantea de la siguiente manera el problema de las resistencias en el análisis.

“..... hay un proceso, y para comprenderlo ustedes imaginan un punto cero. La resistencia sólo empieza del momento en que desde ese punto cero intentan hacer avanzar al sujeto. En otros términos, la resistencia es el estado actual de la interpretación del sujeto. Es la forma en que, en ese mismo momento el sujeto interpreta el punto en que está..... Para ser exactos la resistencia es una abstracción que ustedes meten ahí para orientarse. Introducen la idea de un punto muerto al que llaman resistencia, y de una fuerza que

hace que eso avance. Hasta ahí es correcto. Pero si de esto pasan a la idea de que la resistencia es algo que se debe liquidar, como se escribe a diestra y siniestra, van a dar al absurdo puro y simple” (8).

Es la insistencia del deseo del analista que empuja en una determinada dirección la que hace emerger la resistencia. “Por parte del sujeto no hay resisten-

cia. Se trata de liberar la insistencia existente en el síntoma” y finalmente concluye: “Resistencia sólo hay una: la del analista. El analista resiste cuando no comprende lo que tiene delante” (8).

ECOUTE, INTERPRETATION, ETHIQUE

Cet écrit pose le changement introduit par Freud dans la clinique de l'hystérie, en termes de déplacement du problème depuis le champ du regard qui classe ou qui cherche dans le corps, au champ de l'écoute. A partir du moment où quelqu'un est disposé à l'écoute, l'hystérie cesse d'être un spectacle et se transforme en discours susceptible d'interprétation. Le besoin de classement en entités différenciées par leurs manifestations symptomatiques, cède la place aux problèmes relatifs à l'interprétation et aux garanties, qu'à cet égard, la méthode psychanalytique peut proposer. La réponse à ces questions se pose davantage sur le terrain de l'éthique que sur celui des prescriptions techniques qui garantiraient, soi-disant, la pureté de l'interprétation.

cia. Advierte continuamente que el psicoanálisis no debe fomentar ilusiones. Su trabajo va, precisamente en sentido contrario: pretende mostrar cómo las ilusiones más valoradas pueden ser real refugio de los más viejos temores y prejuicios. El lugar del psicoanálisis tanto en el orden de las teorías que pretender dar razón del actuar del hombre como en el de las técnicas terapéuticas, está en todo caso

del lado de un pensamiento crítico. Precisamente el gran aporte de Lacan al psicoanálisis ha sido devolverle una capacidad crítica que había perdido por la domesticación a que había sido sometido en los claustros de la medicina y la psicología adaptacionistas. Suponer, por ejemplo, como lo propone la escuela predominante en Norteamérica y hasta hace pocos años en buena parte del continente, la ahora llamada Psicología del Self, que el analista debe constituir un ideal, o pero aún un superyó, que sirva de modelo a las identificaciones a través de las cuales el paciente va a construir una nueva identidad es, sin lugar a dudas, destruir la propuesta analítica en lo que tiene de más valioso como posibilidad de recuperación de una identidad alienada y como teoría que tiene algo que decir del hombre, diferente a que somos los animales que más rápido y mayor cantidad de cosas podemos aprender sobre la tierra.

Si aceptamos, siguiendo a Freud, que la resistencia es expresión de las mismas fuerzas que condicionan la represión, tendremos que el obstáculo más grande, eventualmente insalvable, para el análisis es la represión del analista sobre su propio deseo inconsciente.

La propuesta de interpretación de Freud contiene bastantes dificultades. Hemos visto algunas. El reto para el analista no es nada fácil y la promesa para el paciente dista mucho de ser la de alcanzar la felicidad. En este, como en muchos otros aspectos de su obra, Freud es reconocidamente pesi-

Las ilusiones de neutralidad, de objetividad y de normalidad del analista han ido de la mano. Ilusiones narcisistas, por supuesto. Que el analista ocupe el lugar del Otro del saber no quiere decir que lo sea; que sepa algunas cosas acerca de sí mismo y una teoría, no quiere decir que tenga la verdad sobre lo que le sucede a su paciente. En este sentido creo que no tendremos reticencias para aceptar la afirmación de Lacan de que el psicoanálisis es una estafa. Se basa en un equívoco, al que podríamos llamar engaño: cuando el analista pide al analizado que hable, está diciéndole implícitamente que su palabra siempre, significará algo..... más. Habrá un sentido y el analista está allí para garantizarlo. Y, en cierta medida, es así, ya que su presencia (ausente) será el señuelo para que la palabra se siga generando y sirva de vehículo a las demandas retenidas, obstaculizadas, que sólo han podido expresarse deformativamente a través del síntoma. Una prescripción básica de la técnica analítica es no satisfacer tales demandas, sino promover que surjan a través de un proceso interpre-

tativo. La interpretación apunta, entonces, a que el sujeto pueda formular las demandas en que quedó atrapado su deseo y que sea factible desanudarlas, así, del síntoma.

El analista, bajo el disfraz de Ideal del Yo, de Otro del saber, bajo el disfraz que imaginariamente le coloque el analizado, es básicamente oyente. Que sea, además, el que interpreta, es una consecuencia de lo anterior. No está allí para ser guía, ni padre salvador, ni madre nutricia, ni amigo solidario, sino oyente, testigo. Recordemos: no se espera de él que tome partido en aras a encontrar una solución inmediata, sino que apunte con sus intervenciones, que eventualmente cumplirán la función de interpretaciones, a la verdad del deseo del sujeto. Si llega, si lo logra, es otra cosa *

BIBLIOGRAFIA

- 1 - Miller, J. A. Recorrido de Lacan. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1989, p. p. 77 - 78.
- 2 - Winnicott, D. W. El proceso de maduración en el niño. Editorial Laia, Barcelona, 1979, p. p. 149 - 168
- 3 - Mayor, R. La histeria, sueño y revolución. En : Krell, I. de (comp.). La escucha, la histeria. Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 49.
- 4 - Lacan, J. Escritos I. Siglo XXI, México, 1984, p. 249
- 5 - Idem. p. 288
- 6 - Freud, S. Obras Completas. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XX, p. 205
- 7 - Bettelheim, B. Freud y el alma humana. Barcelona, Editorial Grijalbo, 1983, p. 34.
- 8- Lacan, J. El Seminario, Libro 2. Paidós, Buenos Aires, 1983, p.p. 340 - 1

